



# Horno

por **Katuska Blanco**  
 fotos **Fondos Fotográficos**  
 de la **Oficina de Asuntos Históricos**  
 del **Consejo de Estado**



**Toda** la luz del monte ardía cobijándose en el pequeño volcán de leña, paja y tierra apilada que era el horno de carbón. Débil al principio apenas asomaba su fulgor pálido y efímero para luego chisporrotear en llamadas ardorosas, cascabeleras, levantiscas, e insinuantes como fumarolas en lo alto de una montaña. El horno parecía que iba a entrar en erupción a plena claridad de luna o en el fragoroso mediodía de las interminables horas de guarecerlo, velarle las humaredas, y sofocar sus calenturas palmeándole las brisas con abanicos de penca para evitar que se consumiera de una sola vez en un golpe de infortunio. El hombre, prendido a la alquimia maravillosa por quince o veinte días con sus noches, debía avivar la llama sin olvidarse un instante del prodigio, pues al final, de la piedra quebradiza y mustia en el color, saldría la luz. No podía permitirse el respiro, el instante, el descuido, el descanso en aquellos infiernos contrastantes de intensos olores a madera recién cortada, aguas de pantano, y salitre de la costa sureña.

«La Revolución es como un horno», pensó el Comandante mientras observaba las manos encallecidas y el rostro cubierto de

tizne del hombre bajito y de aspecto huraño que en 1959 al verlo llegar en un aerobote, se dijo para sus adentros, sin dejar de mascar tabaco y con una sonrisa entre labios: «¡coñó, si parece que Fidel bajó del cielo».

Ahora, el carbonero hablaba y brindaba una colada de café endulzado con miel y preparado al fuego de un mechero de keroseno, y mientras tanto, a Fidel seguía dándole vueltas en la cabeza la maravillosa coincidencia. La Revolución era un horno en que se fraguaba la claridad contra el desabrigo. En el horno se hacía el sueño, la maravilla.

El Comandante se ajustó sus espejuelos de Carey y miró en derredor con detenimiento, parecía como si deseara abarcar el entorno de una sola ojeada. Hurgó en el bolsillo de su camisa cargado de papeles. Su estampa mostraba también atiborrados, los bolsillos de sus pantalones de campaña y de alguna manera, estos eran expresión de sus pensamientos, de los mil y un asuntos que acaparaban su atención y desvelos y le obligaban a no pegar los ojos no más que en breves intervalos fugaces. Su ventaja era que conseguía dormir profundamente con una lasitud densa, abrupta y reparadora. Le

bastaban unos minutos de reposo para recuperar todos los ímpetus y volver con bríos renovados a la batalla eterna. Llevaba un archivo en el uniforme si los rigores de su vida en perenne viaje de uno a otro extremo del país, su espíritu emprendedor en pos de los olvidados y su pasión de hacer no le permitían tregua y le obligaban a tener a mano lo más urgente, lo prioritario. Desplegó los planos, mapas y apuntes que llevaba consigo y los repasó uno por uno concienzudamente; comprobó que la idea iba ganando espesuras, secando lodazales, abriendo camino a puras zancadas. Se había propuesto desterrar de aquellos parajes de manglares exuberantes, bosques espesos y ciénagas infinitas donde se habían hundido por años y años sin consuelo, las vidas de los pobladores nunca bien vividas, ni siquiera al morir, porque los muertos de por allí, a falta de hacienda para una bendita sepultura, los enterraban en los patios de las casas y el día menos pensado los puercos jíbaros o las lluvias sacaban los despojos a flor de arrecife convirtiéndolos en aparecidos a quienes aullaban los perros en medio de la noche.

Quemante, el humillo del horno molesta en los ojos, cortaba el frío de la amanecida y traía una cálida sensación de refugio. Olía a casa campesina y ese era un aroma entrañable para Fidel. Además, no olvidaba que había sido precisamente otro carbonero, el guajiro Ángel Pérez quien primero los ayudó tras el desembarco por Los Cayuelos; a pesar de la precariedad de sus provisiones, les brindó agua, comida y sombra bajo la techumbre endeble de su choza de guano en el invierno de 1956.

Volvían a su pensamiento los tiempos de la Sierra, la idea firme de que todo debía ser cambiado y el camino abrupto recorrido desde el triunfo de enero de 1959 hasta este 28 de diciembre de 1962, fin de año en aparente quietud tras la tormenta, tras la crisis de los misiles en octubre. Habían sido semanas de decisiones tremendas, en especial las del año que concluía, cuando se habían desbordado los diques de la tensión y fue cierto el peligro de una conflagración mundial, y en medio de las turbulencias, Cuba persistiendo en su derecho y su dignidad y su convicción de servicio a los pueblos del mundo, dispuesta a luchar y a morir con honor bajo el peligro más grande que se haya cernido jamás sobre país alguno en la historia. Escritas con la reciedumbre de los árboles centenarios que afincan con hidalguía sus raíces en la tierra propia, quedarían para la historia las cartas escritas por Fidel a Jruschov en aquellos que el Comandante Che Guevara llamara después, luminosos y tristes días de la Crisis del Caribe.

A principios de ese mes de diciembre de 1962, Fidel había regresado a la Sierra Maestra en otro viaje a los lugares de los tiempos de la guerra, ya una vez, había dicho que: «cuando quiera buscar fuerzas vendré a Oriente...». Quizás por eso estaba de regreso a las montañas cada cierto tiempo y porque ofrecer a los pobladores del lomerío todo merecimiento y gratitud le parecía poco. Su espíritu se ensanchaba en la naturaleza agreste de la serranía, se agitaba y entusiasmaba mientras hundía sus botas en el fango y obraba para beneficio de la gente virtuosa y humildísima de quebrados confines. Ascendía de nuevo las cumbres y compartía con los habitantes de las escarpadas laderas o los hondones sus sueños de plantar árboles, abrir caminos, calzar a los campesinos y en especial, a los niños del lomerío, pagar mejor la producción agrícola a los sembradores, llevar médicos y maestros a lo intrincado y cuidar del desgaste a la tierra y los bosques. Lo que hacía lo llenaba de feli-

cidad, algo que Celia apreciaba en silencio admirado. Fidel amanecía con un sorbo de café y se iba cuando aún no se había disipado la niebla al ascenso de la cordillera con paso ligero y muy difícil de seguir por quienes le acompañaban, mientras le oían silbar el «vals de las olas» y recordar que a una maestra muy trabajadora de la Gran Piedra, había que regalarle un caballo para evitarle largos trechos a pie hasta su escuelita rural. Avistaba como una esplendidez los arroyitos despeñados de las cumbres, con sus cristalinidads aguas rodando sobre las chinas pelonas. Muchas veces, al final de la caminata, se recogía hasta las rodillas los pantalones y refrescaba los pies en los afluentes tímidos y gentiles de aquellas jornadas, convertidos en bravíos torrentes durante aciclados días. En los reiterados periplos por la Sierra evocaba invariablemente su niñez en Birán y aquella mudada previsor de una tarde de huracán a la pequeña pero en tierra firme, casa de la abuelita, por si los vientos arrancaban de un solo cuajo a la casona grande asentada sobre los horcones de caguairán. Se temía que las rachas levantarán la casa en peso, arremolinadas en el sótano donde siempre dormían los animales. La probabilidad de que la casa se alzara como un papalote fue algo que quedó grabado en su memoria con la misma nitidez con que recordaba la proeza de los aviadores Barberán y Collar, los primeros en cruzar desde Europa, el Atlántico, y que desaparecieron en la segunda parte de su expedición aérea en el afán de llegar a territorio mexicano. Allá, en el pueblito de sus recuerdos, la gente levantaba los ojos al cielo y decían: «por aquí pasaron Barberán y Collar». Solo tuvo idea de la inmensidad en que se habían perdido cuando salió fuera de la Bahía de Santiago de Cuba y alzó la vista a lo infinito.

El Comandante percibía con deleite el rumoreo del follaje en las copas de los árboles, la humedad de las hojas que van tornándose polvo en el suelo, el insípido olor del musgo y el súbito revoloteo de los pájaros al escuchar un disparo de su fusil automático. También pensaba en Lina, su mamá, que acogió su decisión anunciada desde diciembre del 58, de repartir entre los campesinos, la mayor parte de las tierras de la finca Manacas y los terrenos arrendados en los Pinares de Mayarí, una propiedad a cuya bonanza habían dedicado sus vidas ella y don Ángel, con esmero propio de humildes en el trabajo. El periódico Revolución publicó la noticia el 24 de junio de 1960 con un titular al pie de la primera plana: «Reparten tierras de la familia de Fidel». Luego, la información, fechada en Santiago de Cuba, abundaba: «Miles de campesinos se reunieron en la hacienda Sevilla (Sabanilla) de Birán, donde se procedió a la entrega de 202 títulos de propiedad de la tierra a residentes de esa hacienda que fue propiedad de la familia Castro Ruz. Desde horas tempranas grandes contingentes de campesinos de las zonas rurales de Marcané, Mayarí, Sagua, Preston y San Germán llegaron a la hacienda enarbolando banderas cubanas, portando sus machetes y tocados con sus sombreros de yarey, para asistir al emocionante acto».

De vuelta a la capital, enfundado en su ímpetu aún estudiantil, charló largamente con los alumnos de la Universidad de La Habana, reunidos para agasajar a los más destacados del año y a los atletas sobresalientes. A la semana siguiente, el 21 de diciembre, sostuvo conversaciones con el abogado norteamericano James Donovan, encargado de negociar con el Gobierno Revolucionario de Cuba el pago de la indemnización de unos 63 millones de dólares,

impuesta por el Tribunal Revolucionario a los invasores de Playa Girón. El acuerdo resultó satisfactorio, la indemnización sería satisfecha en seis meses, y liquidado su importe en medicinas, equipos médicos y alimentos para niños. El 23 de diciembre, al visitar en el Puerto de La Habana el buque de bandera estadounidense African Pilot, Fidel inspeccionó la mercancía que la Cruz Roja norteamericana traía a Cuba, en las bodegas de la embarcación. El Capitán y los tripulantes del buque se esmeraron como anfitriones y Fidel reciprocó la amabilidad con la invitación que les hiciera a Finca Vigía, en San Francisco de Paula, a la casa del escritor norteamericano Ernest Hemingway, amigo entrañable de la Revolución Cubana y su líder, el Dr. Fidel Castro Ruz. La casa principal, rodeada del follaje del archipiélago, disponía a su vez de un mirador o pequeña buhardilla desde donde Hemingway, cuando la habitaba, alcanzaba con la mirada, los techos de La Habana y en la lejanía, el bosque de mástiles del puerto, mientras detenía los dedos sobre el teclado de la máquina —seguramente una de aquellas Underwood de sonido quejumbroso— y ascendía leve el humo de su pipa, desmesuradamente desbordada de picadura de tabaco Habano. Las volutas cobraban formas nítidamente definidas para desvanecerse pronto y en ese intervalo breve y subyugante envolvían la imaginación, mordían los pensamientos, embriagaban los sentidos, sugerían una metáfora, suscitaban evocaciones o revelaban palabras sorprendentes e insólitas. Hemingway entonces bajaba la mirada y continuaba tecleando con premura. Nadie lo habría pensado nunca reclinado en la poltrona de su casa y aún menos, en el instante de anotar estricta y diariamente el número de palabras escritas, en el espacio reducido de aquella habitación apacible. Su renombre no se enfundaba en tediosos crepúsculos porque se le reconocía entre los cronistas agolpados en las graderías de las plazas de toros, en las turbulencias de navegaciones y en la seducción que las insomnes, soberbias y perdurables nieves del Kilimanjaro ejercían en los cazadores de sueños y aventuras, pero sobre todo porque Hemingway era el mito de los corresponsales de guerra, la figura de esos escritores de noticias y narraciones que confirmaban y probaban cada uno de sus textos en su propia piel, en el silencio o el estruendo en las trincheras, la pólvora como nubes en el frente, la desventura, el miedo, las reacciones humanas en el límite de la tragedia, el dolor y la comprensión o el desconcierto de la guerra. Allí, en Finca Vigía, el escritor concebía las historias reales de su vida —aquellas en que a cada horror, a cada muerte, la humanidad se disminuía y las campanas doblaban en un lamento por todos—, como fantasías de una imaginación profusa y delirante, con la compleja sencillez de los textos pensados, trabajados, pulidos, ponderados y rumiados otra vez y otra, sintetizados hasta lo imposible; con la lluvia o la seca, el calor o el frío, la calma o la tormenta, la nitidez o la bruma en el inventario de los sucesos y de los sentimientos narrados o descifrados en páginas enigmáticas a las que Hemingway restaba cualquier simbolismo como para que los incautos le creyeran. No por casualidad era escritor preferido de Fidel. Con el libro **Por quién doblan las campanas**, el Comandante vivió como propia la vida y la psicología de quienes luchaban detrás de la línea del enemigo, en la retaguardia de una guerra civil, la de la República Española. Sus ojos avanzaban por lo narrado como si lo hiciesen por entre el bosque de pinos, donde Robert Jordan, inutilizado por la fractura del hueso de la pierna izquierda, meditaba



su final de combate al apoyar los codos y la ametralladora en un tronco de árbol. El Comandante podía repetir de memoria todo lo que el protagonista de la novela pensaba en el instante crucial: «He estado combatiendo desde hace un año por cosas en las que creo. Si vencemos aquí, venceremos en todas partes. El mundo es hermoso y vale la pena luchar por él, y siento mucho tener que dejarlo. Has tenido mucha suerte —se dijo a sí mismo— por haber llevado una vida tan buena. Has llevado una vida tan buena como la del abuelo, aunque no haya sido tan larga. Has llevado una vida tan buena como pueda ser la vida gracias a estos últimos días». De la guerra civil española había leído Fidel todas las noticias, pero allí, en la novela de Hemingway, conoció cómo los guerrilleros arrebataban las armas a sus adversarios y, definitivamente percibió el espíritu de la contienda.

Fidel y Hemingway —o Papa como también le llamaban los amigos— se conocieron el domingo 15 de mayo de 1960, cuando Hemingway —recién llegado en su yate El Pilar e investido de su bien fundada aureola de experto en las artes de la pesca y las travesías marítimas—, entregó a Fidel la copa de plata como máximo acumulador del torneo de la aguja en la entonces Marina Barlovento, en un encuentro que propiciaron Baudilio Castellanos (Bilito), Jesús Montané y Manuel Bel (Blacaman), viejo pescador del Miramar Yatch Club. Fidel navegó durante la competencia en el yate Cristal junto a Che. Ambos conversaban mientras sostenían las cañas de pescar en una foto de Korda. La imagen parece ondear con la melena de Che. Korda les observó durante largo rato y luego vio a Che retratar a Fidel con su cámara Contax, mientras el Comandante persistía, con las manos ensangrentadas, en el afán de pescar agujas.

Hemingway y Fidel intercambiaron su mutua admiración con palabras y un estrechón de manos. Con los dos corpulentos seres como almas gemelas, el romanticismo alzaba vuelo. Un amigo del norteamericano aseguraría después que al entregarle el premio a Fidel, Hemingway dijo: «Tal vez

usted sea un novato en la pesca, pero ya es un pescador afortunado».

Tennessee Williams, otro grande de las letras norteamericanas, había recorrido La Habana, un jueves abrilero del 59, y escuetamente expresó su impresión de lo vivido al conocer a Fidel: «Es un hombre formidable. Muy bien parecido. Da una sensación de fuerza interior y exterior. Muy convincente hombre. Me impresionó mucho. También conocí a Hemingway, un viejo venerable, un gran carácter. También me pareció de gran fuerza interna. Me habló muy bien de la Revolución, me dijo: «Es la más linda Revolución que he visto»». Tennessee, nacido en el mítico Mississippi de 1911, había borrado con su poética la noción de las lejanías geográficas al decir que «el tiempo es la distancia más larga entre dos lugares». Tras ser fogonero, limpiabotas, y lavaplatos, escribía piezas dramáticas recurrentemente representadas por pequeños teatros de pueblitos casi olvidados hasta que al fin llegó a las tablas, como a una estación de fin de viaje, su inolvidable **Un tranvía llamado deseo**.

Pero lo que el líder revolucionario aún no conocía en los últimos días del 62, cuando invitó a la tripulación del African Pilot a la casa del viejo Hemingway, entonces ya desaparecido, y muy probablemente tampoco James Donovan, era que la Central de Inteligencia de los Estados Unidos había urdido un plan para asesinar al Comandante cuando el abogado norteamericano le regalara, un traje isotérmico de buceo, que al ponerse le transmitiría una enfermedad mortal. Muchos años después el intento de involucrar al jurista en el atentado, fue develado por la Comisión Church. A pesar de la información publicada, el Gobierno de los Estados Unidos nunca pronunció la más leve disculpa y mucho menos una sola palabra de arrepentimiento. Tampoco lo haría a lo largo de décadas y con los más de 600 intentos de atentado, que con obstinación feroz continuaría promoviendo, sin pensar en un final para ese propósito maldito.

Pero esa realidad era todavía desconocida el día de recorrer los canalizos de la Ciénaga de Zapata casi al final de 1962, cuando Fidel se dispuso a abrir el Festival del Car-

bón como una fiesta de iluminaciones. Recordó la primera vez que estuvo en el paisaje pantanoso de esta zona del sur de la Isla, donde las tembladeras, los mosquitos y el peligro de los cocodrilos hacían más inhóspita la vida de los hombres y mujeres en la soledad y el silencio. La gente lo rodeaba mientras adelantaba sus pasos agigantados. Su corpulencia destacaba entre todos y su desaliño adorable, porque era prueba de que no acomodaba su estirpe a las oficinas o las formalidades protocolarias tradicionales en un premier.

Fidel iba hasta allá con frecuencia. Una de sus primeras visitas quedó registrada por un periodista al escribir el testimonio de un deportista y pescador de Arizona, quien viajó como turista a Cuba, para ir de pesquería a La Laguna del Tesoro. El recuento fue publicado entonces en el diario Miami News y más tarde en el periódico Revolución del lunes 9 de abril de 1959.

*Fidel Castro, todavía llevando el pelo largo y tupida barba ahora simbólicos de la libertad de Cuba, estaba sentado en el asiento del medio de nuestro bote de pesquería. Tenía una ametralladora sobre sus piernas. Estábamos navegando sobre la cristalina Laguna del Tesoro en Cuba, en dirección a lugares de la Laguna famosos por su gran número de lobinas. A cada rato, Castro se paraba en el bote y desbarataba mis nervios y el ruido monótono del motor con el agudo disparo de su ametralladora. Principalmente le tiraba a las agujas, fácilmente visibles en el agua clara. A veces le tiraba a los patos. Nunca falló. Veinticinco años de caza y pesca nos producen compañeros extraordinarios a cualquier deportista. Pero esta sociedad de pesca de tres días pertenece a la clase de aventuras únicas en el mundo. (...).*

*Hicimos el viaje de 90 millas hasta uno de los pantanos más desolados de Cuba por automóvil, tren y avión. Llegamos al campamento Dyer, una estructura flotante de dos cabañas, al mediodía del martes 23 de marzo. Unos minutos más tarde, cuando salimos de los aviones acuáticos estábamos en lanchas de motor, dirigiéndonos hacia donde abundan las lobinas.*

*Al amanecer de la mañana siguiente —el*



miércoles— salimos otra vez. El apetito que yo había logrado bajo el caliente sol de la mañana, desapareció al llegar al campamento al mediodía.

Allí, en traje completo de campaña y bien armados, había alrededor de una docena de soldados cubanos. Llevaban barbas y pelo largo, siguiendo el padrón de las fotografías que hemos visto tanto estos últimos meses. (...).

Entonces, Dyer, que se había quedado en el campamento, apareció en la puerta de la cabaña. Su amplia sonrisa calmó mi miedo momentáneamente, pero me pregunté: ¿podrían estos soldados armados ser amigos nuestros?

Amarramos el bote, nos bajamos y entramos a la cocina. Allí, sentado a la mesa, estaba la persona a quien menos esperaba yo ver en este lugar tan apartado —el campeón barbudo del pueblo cubano—, Fidel Castro.

Una rápida conversación en español fue interrumpida abruptamente cuando Dyer nos presentó. Ya mi sorpresa había sido sustituida por tranquilidad.

Los cubanos habían traído equipos para acampar, pero, debido a la insistencia de Dyer se hospedaron con nosotros. Nuestra cabaña había sido construida para acomodar a ocho, pero en los tres días siguientes, durmieron 16.

Un guardia armado estaba parado a pocos pies de la cama de Castro. Cada cuatro horas lo sustituía un nuevo guardia.

El equipo de pesquería para el grupo completo de cubanos consistía en dos líneas de 75 libras. No tenían cañas ni carretes de ningún tipo.

Poco después de la llegada de los cubanos, tratamos de enseñar a Castro y algunos de los de su grupo a pescar desde el muelle con las cañas usuales.

Trataron de hacerlo e inmediatamente lo hicieron con facilidad y algún grado de exactitud. Castro sonreía con deleite al tirar a bastante distancia en el agua.

«¡Miren! Sin enredarlo», —exclamó.

«¿Voy de pesquería con ustedes mañana?», —preguntó Castro.

Mañana hubiera estado muy bien pero no esperamos. Después de almuerzo, Castro,

Fidel Jr., el guía cubano, (...) y yo, todos subimos a un bote de pesca de 16 pies, de aluminio.

Nuestro guía arrancó el motor y estábamos en camino. Me viré de mi asiento para tomar una fotografía del grupo. Nunca olvidaré al hombre barbudo que obtuvo la fama como rebelde cubano.

Sujetaba un tabaco a medio fumar firmemente con sus dientes. Tenía la cabeza descubierta bajo el sofocante sol de la tarde. Su cara tostada por el sol se veía casi sin expresión detrás de su barba y bigote.

Cuando llegamos al lugar donde abundan las lobinas, Castro seleccionó un gusano de plástico entre nuestras enredadas cajas de carnada.

Yo lo amarré y él lo lanzó, tan expertamente como si hubiera estado usando carnada artificial durante años.

No dudarán de esto si alguna vez han pescado en la Laguna del Tesoro: una lobina mordió firmemente su primera carnada. «Cogiste uno», grité, probablemente mostrando más entusiasmo que el mismo Castro.

Se movió hacia atrás con determinación, y por un momento pensé que iba a romper la caña.

Cuando el pez se acercó al barco, alargué la mano, agarré su línea, y extraje una lobina de unas dos libras y media.

Castro sonrió con aprobación. Pero perdió poco tiempo en admirarlo. Antes de que yo pudiera colocarlo, en algún lugar, ya había colocado otra carnada.

Unos minutos más tarde ya había pescado otra lobina, esta vez manejando todo el equipo sin problema. Habiendo visto por lo menos cien de este tamaño el martes, y teniendo confianza de que Castro vería por lo menos tantos en los próximos dos días, tiré este pescadito al agua.

Hubiera ocasionado una reacción más suave si hubiera tirado al propio Castro al agua. Casi se tiró detrás del pescadito. Dijo algo en español, aparentemente dirigiéndose a todos.

«Se va a quedar con todos los peces que coja», nos dijo el guía.

Durante dos días estuvo de pie en el bote casi todo el tiempo, constantemente pescando. Desde luego, que su entretenimiento con la ametralladora rompía la rutina de cuando en cuando.

Nunca fallaba cuando su objetivo estaba a una distancia razonable. Y una distancia razonable para Castro está fuera del alcance del tirador normal.

Cuando regresamos al campamento, el miércoles por la tarde, Castro se paró a varios cientos de pies del muelle. Exhibió las 40 lobinas que había pescado y saludó con deleite a los cubanos de su grupo que lo esperaban.

Dyer tenía gruesos «T-bone steaks», muchos, esperando para ser cocinados sobre carbón. Pero Castro había pensado comer pescado. Freímos el pescado.

Los escritores han predicado durante largo tiempo que uno llega a conocer a un hombre mejor, pescando con él, que en ninguna otra forma de compañerismo. Debe ser así.

Este es el Fidel Castro con quien vivimos, a quien respetamos y a quien nos agradó conocer: es un hombre dedicado con fervor al pueblo cubano. Contraria a cualquier idea que yo haya podido tener sobre Castro como un fiero guerrillero, lo encontré de carácter gentil, inteligente y bien educado.

Castro tuvo cuidado al hacer un paralelo entre el movimiento que dirigió y las revueltas que ocupan lugares prominentes en nuestros libros de historia. «Estoy pensando ahora en sus Peregrinios», dijo. «Ellos también buscaban por los compinches de Batista, las cuales, en palabras de Castro, «hacen que las torturas alemanas de la Segunda Guerra Mundial parezcan simples bromas».

Pescamos en aguas llanas, con muchas plantas, y cerca de pantanos. Un número de veces incontable, ató carnadas algunas de las cuales pudimos recuperar, otras las perdimos. Pero el nerviosismo y malas palabras tan comunes al pescador americano bajo las mismas condiciones, no estaban presentes en este hombre.

Son esta misma paciencia y determinación, según creo, unidos a una útil ametralladora y a una vista aguda, las que han ayudado a transformar al guerrillero de montañas Fidel Castro en el Primer Ministro de su país. Y en un experto de pesca, también.

El helicóptero en que había viajado Fidel en marzo de 1959 a lo profundo de la Ciénaga dio primero numerosas vueltas en el aire e intentó en varias oportunidades aterrizar en los fanguizales sin conseguirlo por el peligro de hundirse, hasta que los vecinos del lugar colocaron gruesos troncos de árbol sobre los que, finalmente con éxito, se posó el aparato. Allí mismo Fidel desplegó las fotografías de la región para delinear hasta los confines de la costa dos carreteras: una desde el central Australia y otra desde el poblado de Aguada de Pasajeros, como dos ríos fluyendo hacia la desembocadura en el mar del sur, por entre canales y cayos poblados de júcaro y llana, árboles frondosos con que los cienagueros edificaban los hornos. Era la posibilidad de llevar hasta esas zonas apartadas por lo inaccesible, los numerosos planes concebidos como parte de la Reforma Agraria.

Durante los tres años transcurridos desde entonces, Fidel había disfrutado la conversación con la gente, desbordada en imágenes que únicamente alguien con la bondad y la sabiduría de quienes ven extinguirse los días como una brasa a la intemperie pueden soñar. Dicen por allí que «ese hombre va buscando monte toda la vida o que las aguas —al tomarlas— echan raíces en la gente». Los habitantes de la ciénaga pensaban que a Fidel le había crecido dentro

todo el bosque desde la primera vez que calmara la sed en alguno de los afluentes del paisaje y que por eso ya nunca más podría apartarse de aquella naturaleza indómita y hermosa. Aún no se explicaban cómo un hombre de talla descomunal podía hablar tan bajo, explicar todo lo mucho que sabía con la claridad de un día despejado. Los guajiros esperaban comprobar su puntería pero no imaginaron nunca oírle hablar de los cultivos con el mismo conocimiento de un sembrador, mencionar las estrellas una por una como si hubiera estado observándolas toda la vida, adelantar las lluvias en un respiro de la madrugada, saber lo que pasaba del otro lado del mundo, país por país, descifrarle al mar inmenso las mareas, trazar rutas de navegación, escribir largo y pronto todos sus pensamientos, recitar al vuelo los versos de un poema de amor, preluar los altibajos de las economías, escoger como un viejo sabio, las mejores semillas y saber todo sobre todos los tiempos —incluso los aún no sucedidos—, para luego contar en interminables conversaciones compartidas con un pequeño grupo o una multitud enfebrecida y absorta. Para ellos, él era un universo.

Fidel meditaba mientras la bruma del amanecer iba disipándose el 28 de diciembre de 1962. Este, se decía, debió ser el último lugar por donde el imperialismo se propusiera invadir a Cuba. El terreno, por el difícil acceso, era propicio a sus planes, pero el alma de la gente pertenecía a la Revolución. Fidel, el Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, se había convertido para los humildes cienagueros en alguien de la familia a quien podían llegar sin titubeos y era posible encontrar sentado a la mesa rústica un fin de año para despedir el tiempo viejo, con una cena servida en platos de barro. Para entonces ya era una leyenda, inabarcable en su sabiduría, inagotable en su virtud, y perenne en su confianza en el hombre. Para Fidel, la Ciénaga y Playa Girón constituían a esas alturas no solo un lugar entrañable por la naturaleza de su espléndida geografía y la generosidad de sus pobladores, sino también porque era el territorio de la victoria, allí el imperialismo norteamericano había sido derrotado por primera vez en América y todavía era posible percibir el olor de la pólvora y el coraje de los muchachos enfrentados al ataque mercenario con ardor audaz y decisión.

El Comandante recorrió con la memoria lo vivido desde el 1ro. de enero de 1959 desde el mismo momento en que se recibió la noticia de la huida de Batista, del golpe de Estado en La Habana. Los recuerdos permanecían nítidos, con la frescura propia de lo inolvidable y la precisión que confieren los mínimos y trascendentes detalles. Era como si volviera a vivir cada hora, cada paso, mientras sus sueños chisporroteaban en el aire esparcidos en innumerables destellos.

**\*Fragmentos de la Edición Especial del libro Todo el tiempo de los cedros, actualmente en preparación.**

**Bibliografía:**

—Cronología del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz. Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.

—Antonio Núñez Jiménez. En Marcha con Fidel. Colección Cuba: La Naturaleza y el Hombre. Ediciones Mec Graphic, Ltd. La Habana, Cuba, 1998.

—Revista Bohemia: Edición de la Libertad, 1959. Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.

—Colecciones del periódico Revolución, 1959, 1960, 1961 y 1962. Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.

—Rosa Miriam Elizalde. Un mar que une a dos hombres. Juventud Rebelde. 17 de mayo de 2000.

Fidel Castro:

# El oficio de la palabra hablada

por **Gabriel García Márquez\***

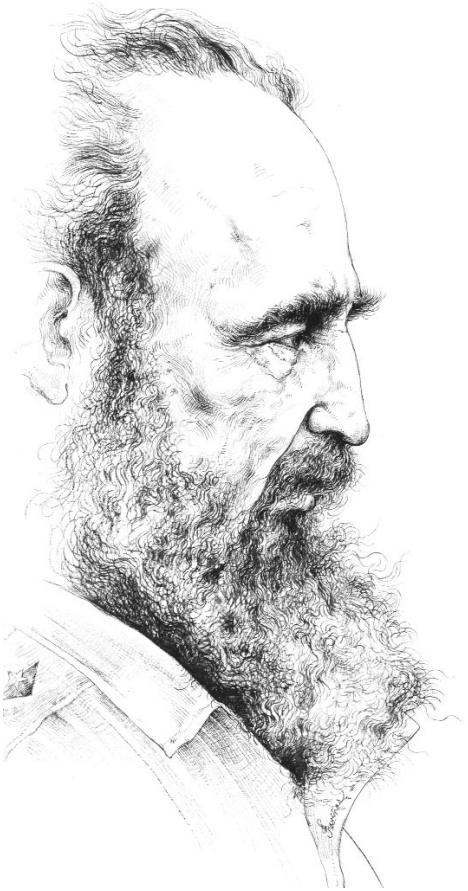


Ilustración **José Luis Fariñas**

**Refiriéndose** a un visitante extranjero al que había acompañado durante una semana en una gira por el interior de Cuba, Fidel Castro dijo: «Cómo hablará ese hombre, que habla más que yo». Basta conocer un poco a Fidel Castro para saber que era una exageración suya, y de las más grandes, pues no es posible concebir a alguien más adicto que él al hábito de la conversación. Su devoción por la palabra es casi mágica. Al principio de la Revolución, apenas una semana después de su entrada triunfal en La Habana, habló sin tregua por la televisión durante siete horas. Debe ser un récord mundial. En las primeras horas, los habaneros no familiarizados todavía con el poder hipnótico de aquella voz, se sentaron a escucharla al modo tradicional, pero a medida que pasaba el tiempo volvían a la rutina con un oído en sus asuntos y otro en el discurso. Yo había llegado el día anterior con un grupo de periodistas de Caracas, y empezamos a escucharlo en el cuarto del hotel. Luego seguimos oyéndolo sin pausas en el ascensor, en el taxi que nos llevó a los barrios del comercio, en las terrazas floridas de los cafés, en las cantinas glaciales, y hasta en las ráfagas de las radios a todo volumen que salían por las ventanas abiertas mientras caminábamos por la calle. En la noche,

todos habíamos cumplido con nuestra jornada sin perder una palabra.

Dos cosas llamaron la atención de quienes oíamos a Fidel Castro por primera vez. Una era su terrible poder de seducción. La otra era la fragilidad de su voz. Una voz afónica que a veces parecía sin aliento. Un médico que lo escuchaba hizo una disertación tremendista sobre la naturaleza de esos quebrantos, y concluyó que aun sin discursos amazónicos como el de aquel día, Fidel Castro estaba condenado a quedarse sin voz antes de cinco años. Poco después, en agosto de 1962, el pronóstico pareció dar su primera señal de alarma, cuando se quedó mudo después de anunciar en un discurso la nacionalización de las empresas norteamericanas. Pero fue un percance transitorio que no se repitió. Han transcurrido 26 años desde entonces, Fidel Castro acaba de cumplir sesenta y uno, y su voz parece todavía tan incierta como siempre, pero continúa siendo su instrumento más útil e irresistible para el muy delicado oficio de la palabra hablada.

Tres horas son para él un buen promedio de una conversación ordinaria. Y de tres en tres horas, los días se le pasan como soplos. Como no es un gobernante académico atrincherado en sus oficinas, sino que

va a buscar los problemas donde estén, a cualquier hora se ve su automóvil sigiloso, sin estruendo de motocicletas, deslizándose aún a altas horas de la madrugada por las avenidas desiertas de La Habana, o en una carretera apartada. De todo esto ha surgido la leyenda de que es un solitario sin rumbo, un insomne desordenado e informal, que puede hacer una visita a cualquier hora y desvelar a sus visitados hasta el amanecer.

Algo de eso era cierto al principio de la Revolución, cuando aún arrastraba los hábitos de la Sierra Maestra. No solo por la extensión de sus discursos, sino porque no tenía un domicilio cierto, ni tuvo una oficina durante más de quince años, ni tenía horas fijas para nada. La sede del gobierno estaba donde estuviera él, y el poder mismo estaba sometido a los azares de su errancia. Ahora es distinto. Sin contrariar los ímpetus de la inspiración, que son propios de su estilo, ha terminado por imponerse un cierto orden de vida. Antes pasaba de largo por noches y días enteros, y dormía a retazos, donde lo derribaba el cansancio. Ahora trata de permitirse un mínimo de seis horas de buen sueño, aunque ni él mismo sabe a qué hora empezará a dormir cada día. Según vayan las cosas, lo mismo puede ser a las diez de la noche que a las siete de la mañana del día siguiente. Dedicar varias horas a los asuntos de rutina en su oficina de la presidencia del Consejo de Estado, donde hay un escritorio en buen orden, muebles confortables de cuero sin curtir, y un estante de libros que reflejan muy bien la amplitud de sus gustos: desde tratados de hidroponía hasta novelas de amor. De media caja de puros que se fumaba en un día pasó a la abstinencia absoluta, sólo por tener autoridad moral para combatir el tabaquismo, en un país donde Cristóbal Colón descubrió el tabaco, y que deriva de él buena parte de sus recursos. Su facilidad inclemente para aumentar de peso lo ha obligado a imponerse una dieta perpetua. Sacrificio inmenso, pues su apetito es de los grandes, y es un cazador insaciable de recetas de cocina, que le gusta preparar con una especie de fervor científico. Un domingo sin frenos, después de un almuerzo en forma, se tomó dieciocho bolas de helado. Pero en la vida corriente apenas si prueba un filete de pescado con vegetales hervidos, y más bien cuando lo vence el hambre que en un horario de rutina. Se mantiene en excelentes condiciones físicas con varias horas de gimnasia diaria y de natación frecuente, se restringe a una copita de whisky puro en sorbos casi invisibles, y ha logrado sobreponerse a su debilidad por los espaguetis que le enseñó a preparar el primer Nuncio Apostólico de la Revolución, monseñor Cesare Sacchi. Sus cóleras homéricas, pero momentáneas, son ahora fábulas del pasado, y ha aprendido a disolver sus humores oscuros en una paciencia invencible. Total: una disciplina férrea. Pero de todos modos insuficiente, porque la escasez de tiempo le sigue imponiendo un horario insólito, y la fuerza de su imaginación lo arrastra a lo imprevisto. Con él, uno sabe dónde empieza, pero nunca sabe dónde termina. No es raro que cualquier noche se encuentre uno volando en un avión con rumbo secreto, apadrinando una boda, cazando langostas en altamar, o probando los primeros quesos franceses hechos en Camagüey.

Hace mucho tiempo dijo: «Tan importante como aprender a trabajar es aprender a descansar». Pero sus métodos de descanso parecen demasiado originales, y algunos no excluyen la conversación. Una vez se despidió de una intensa sesión de trabajo

casi a la media-noche, con signos visibles de agotamiento, y regresó en la madrugada restablecido por completo después de nadar dos horas. Las fiestas privadas son contrarias a su carácter, pues es uno de los raros cubanos que no cantan ni bailan, y las muy pocas a que asiste cambian de naturaleza cuando él llega. Tal vez él no lo sepa. Tal vez no es consciente del poder con que se impone su presencia, que parece ocupar de inmediato todo el ámbito, a pesar de que no es tan alto ni tan corpulento como parece a primera vista. He visto a los más aplomados perder el dominio frente a él, extremando la compostura o exagerando el desenfado, sin imaginarse siquiera que él está tan intimidado como ellos, y tiene que hacer un esfuerzo inicial para que no lo noten. Siempre he creído que el plural de que se sirve a menudo para hablar de sus propios actos no es tan mayestático como parece, sino una licencia poética para encubrir su timidez.

El hecho es que los bailes se interrumpen, se suspende la música, se aplaza la cena, y la concurrencia se concentra en torno suyo para incorporarse a la conversación que entabla de inmediato. Así puede estar hasta cualquier hora, de pie, sin beber ni comer. A veces, antes de irse a dormir, toca muy tarde en la casa de un amigo con el cual tiene confianza para entrar sin anunciarse, y advierte que sólo va por cinco minutos. Lo dice con tanta sinceridad, que ni siquiera se sienta. Pero poco a poco se va reanimando de pie con la nueva conversación, y al cabo de un rato se derrumba en un sillón y estira las piernas diciendo: «Me siento como nuevo». Así es: fatigado de conversar, descansa conversando.

Una vez dijo: «En mi próxima reencarnación quiero ser escritor». De hecho escribe bien y le gusta hacerlo, aun en el automóvil en marcha, y en unas libretas de apuntes que lleva siempre a mano para anotar cuanto se le ocurre, inclusive las cartas de confianza. Son libretas de papel ordinario, empastadas en plástico azul, que con los años han llegado a ser incontables en sus archivos privados. Su letra es menuda e intrincada, aunque a primera vista parece tan fácil como la de un escolar. Su modo de escribir parece de un profesional. Corrige una frase varias veces, la tacha, la intenta de nuevo en los márgenes, y no es raro que busque una palabra durante varios días, consultando diccionarios, preguntando, hasta que queda a su gusto.

En la década del setenta contrajo el hábito de escribir sus discursos, tan despacio y con tanto rigor, que parecían piezas de relojería. Pero esa misma virtud los derrotó. La personalidad de Fidel Castro parecía otra al leerlos: cambiaba el tono, el estilo, hasta la calidad de la voz. En la inmensa Plaza de la Revolución, ante medio millón de personas, se encontró varias veces como asfixiado por la camisa de fuerza de la letra escrita, y cada vez que podía se apartaba del texto. En otras ocasiones se encontraba con que sus mecanógrafos habían cometido un error, y en vez de corregirlo al vuelo interrumpía la lectura y hacía la enmienda con el bolígrafo tomándose todo su tiempo. Nunca quedaba satisfecho. A pesar de sus esfuerzos por darles calor, y a pesar de lograrlo en muchos casos, aquellos discursos cautivos le dejaban un sentimiento de frustración. Pues decían todo lo que querían decir, y quizás lo decían mejor, pero eliminaban el mayor estímulo de su vida, que es la emoción del riesgo.

La tribuna de improvisador, por consiguiente, parece ser su medio ecológico perfecto, aunque siempre tiene que sobrepo-

nerse a una inhibición inicial que muy pocos le conocen, y que él no niega. En una nota que me mandó hace unos años pidiéndome participar en algún acto público, me decía: «Trata de vencer por una vez tu miedo escénico, como tengo que hacerlo yo con tanta frecuencia». Sólo en casos muy especiales lleva una tarjeta con algunas notas que saca del bolsillo sin ningún ritual antes de empezar, y la mantiene al alcance de la vista. Empieza siempre con voz casi inaudible, de veras entrecortada, avanzando entre la niebla con un rumbo incierto, pero aprovecha cualquier destello para ir ganando terreno palmo a palmo, hasta que da una especie de gran zarpazo y se apodera de la audiencia. Entonces se establece entre él y su público una corriente de ida y vuelta que los exalta a ambos y se crea entre ellos una especie de complicidad dialéctica, y en esa tensión insostenible está la esencia de su embriaguez. Es la inspiración: el estado de gracia irresistible y deslumbrante, que sólo niegan quienes no han tenido la gloria de vivirlo.

Al principio, los actos públicos empezaban cuando él llegaba, y esto era tan improbable como la lluvia. Desde hace años llega al minuto exacto, y la duración del discurso depende de la disposición del auditorio. Pero los discursos infinitos de los primeros años pertenecen a un pasado que ya se confunde con la leyenda, porque lo mucho que el pueblo debía entender desde el principio está ya más que explicado, y el mismo estilo de Fidel Castro se ha hecho más compacto al cabo de tantas jornadas de pedagogía oratoria. Nunca se le ha oído repetir ninguna de las consignas de cartón piedra de la escolástica comunista, ni utilizar para nada el dialecto ritual del sistema: un lenguaje fósil que perdió desde hace mucho tiempo el contacto con la realidad, y al cual corresponde como anillo al dedo una prensa laudatoria y conmemorativa, que más parece hecha para ocultar que para difundir. Es el antidogmático por excelencia, cuya imaginación creativa vive rondando los abismos de la herejía. Raras veces cita frases ajenas, ni en la conversación ni en la tribuna, salvo las de José Martí, que es su autor de cabecera. Conoce a fondo los veintiocho tomos de su obra, y ha tenido el talento de incorporar su ideario al torrente sanguíneo de una revolución marxista. Pero la esencia de su propio pensamiento podría estar en la certidumbre de que hacer trabajo de masas es fundamentalmente ocuparse de los individuos.

Esto podría explicar su confianza absoluta en el contacto directo. Aún los discursos más difíciles parecen conversatorios casuales, al estilo de los que sostenía con los estudiantes en los patios de la Universidad al principio de la Revolución. De hecho, y sobre todo fuera de La Habana, no es raro que alguien lo interpele entre la muchedumbre de una manifestación pública, y que se entable un diálogo a gritos. Tiene un idioma para cada ocasión, y un modo distinto de persuasión, según los distintos interlocutores, ya sean obreros, campesinos, estudiantes, científicos, políticos, escritores o visitantes extranjeros. Sabe situarse en el nivel de cada uno, y dispone de una información vasta y variada que le permite moverse con facilidad en cualquier medio. Pero su personalidad es tan compleja e imprevisible, que cada quien puede formar una imagen distinta de él en un mismo encuentro.

Una cosa se sabe con seguridad: esté donde esté, como esté y con quien esté, Fidel Castro está allí para ganar. No creo que pueda existir en este mundo alguien que sea tan mal perdedor. Su actitud frente a la derro-

ta, aun en los actos mínimos de la vida cotidiana, parece obedecer a una lógica privada: ni siquiera la admite, y no tiene un minuto de sosiego mientras no logra invertir los términos y convertirla en victoria. Pero sea lo que sea, y donde sea, todo ocurre en el ámbito de una conversación inagotable.

El tema puede ser cualquiera, según el interés del auditorio, pero a menudo ocurre lo contrario: es él quien lleva un mismo tema a todos sus auditorios. Esto suele ocurrir en las épocas en que está explorando una idea que lo asedia, y nadie puede ser más obsesivo que él cuando se ha propuesto llegar al fondo de cualquier cosa. No hay un proyecto, colosal o milimétrico, en el que no se empeñe con una pasión encarnizada. Y en especial si tiene que enfrentarse a la adversidad. Nunca como entonces parece de mejor aspecto, de mejor humor, de mejor talante. Alguien que cree conocerlo le dijo: «Las cosas deben andar muy mal, porque usted está rozagante».

En cambio, un visitante extranjero que lo encontraba por primera vez, me dijo hace unos años: «Fidel está envejecido: anoche volvió como siete veces sobre el mismo tema». Le hice ver que esas reiteraciones casi maniáticas son uno de sus modos de trabajar. El tema de la deuda externa de América Latina, por ejemplo, había aparecido por primera vez en sus conversaciones desde hacía unos dos años, y había ido evolucionando, ramificándose, profundizándose, hasta convertirse en algo muy parecido a una pesadilla recurrente. Lo primero que dijo, como una simple conclusión aritmética, fue que la deuda era impagable. Poco a poco, en el transcurso de tres viajes que hice aquel año a La Habana, fui conociendo sus hallazgos escalonados: las repercusiones de la deuda en la economía de los países, su impacto político y social, su influencia decisiva en las relaciones internacionales, su importancia providencial para una política unitaria de la América Latina. Por último convocó en La Habana un congreso



masivo de especialistas, y pronunció un discurso en el que no dejó pendiente ninguna de las incógnitas de sus conversaciones anteriores. Para entonces tenía ya una visión totalizadora que el solo transcurso del tiempo se ha encargado de demostrar.

Me parece que su más rara virtud de político es esa facultad de vislumbrar la evolución de un hecho hasta sus consecuencias remotas. Como si pudiera ver la mole sobresaliente de un iceberg al mismo tiempo que los siete octavos sumergidos. Pero esa facultad no la ejerce por iluminación, sino como resultado de un raciocinio arduo y tenaz. Un interlocutor asiduo podría detectar el primer embrión de una idea, y seguir su desarrollo durante muchos meses a través de su conversación empecinada, hasta que la hace pública en su forma final, tal como ocurrió con la deuda externa. Ahora bien: una vez que agote el tema, es como si hubiera cumplido un ciclo vital: lo archiva para siempre.

Semejante molino verbal, desde luego, requiere el auxilio de una información incesante, bien masticada y digerida. Su auxiliar supremo es la memoria, y la usa hasta el abuso para sustentar discursos o charlas privadas con raciocinios abrumadores y operaciones aritméticas de una rapidez increíble. Su tarea de acumulación informativa principia desde que despierta. Desayuna con no menos de doscientas páginas de noticias del mundo entero. Durante el día, a pesar de su movilidad incansable, lo persiguen por todas partes con informaciones urgentes. Él mismo calcula que cada día tiene que leer unos cincuenta documentos. A eso hay que agregar los informes de los servicios oficiales y de sus visitantes, y todo cuanto pueda interesar a su curiosidad infinita. Cualquier exageración en este sentido sería apenas aproximada, hasta en circunstancias tan extremas como un viaje en avión. Prefiere no volar, y sólo lo hace cuando no hay otra alternativa. Pero vuela mal por su ansiedad de saberlo todo: no duer-

me ni lee, apenas come, le pide a la tripulación los mapas de navegación cada vez que tiene alguna duda, se hace explicar por qué se toma esta ruta y no esta otra, por qué cambia el ruido de las turbinas, por qué salta el avión a pesar del buen tiempo. Las respuestas, por supuesto, tienen que ser exactas, pues es capaz de detectar la mínima contradicción en una frase casual.

Otra fuente vital de información, por supuesto, son los libros. Tal vez el aspecto de la personalidad de Fidel Castro que se ajusta menos a la imagen creada por sus adversarios, es la de ser un lector voraz. Nadie se explica cómo le alcanza el tiempo, ni de qué método se sirve para leer tanto y con tanta rapidez, aunque él insiste en que no tiene ninguno en especial. En sus automóviles, desde el Oldsmobile prehistórico y los sucesivos Zil soviéticos, hasta el Mercedes actual, ha habido siempre una luz para leer de noche. Muchas veces se ha llevado un libro en la madrugada, y a la mañana siguiente lo comenta. Lee el inglés, pero no lo habla. En todo caso prefiere leer en castellano, y a cualquier hora está dispuesto a leer cualquier papel con letras que le caiga en las manos. Cuando necesita algún libro muy reciente que no está traducido, se lo hace traducir de emergencia. Un médico amigo le mandó por cortesía su tratado de ortopedia acabado de publicar, sin la pretensión de que lo leyera, por supuesto, pero una semana después recibió una carta suya con una larga lista de observaciones. Es lector habitual de temas económicos e históricos. Cuando leyó las memorias de Lee Iaccoca, descubrió varios errores tan increíbles, que mandó a buscar la versión inglesa a Nueva York, para confrontarla con la española. En efecto, el traductor había confundido una vez más el significado de la palabra *billón* en los dos idiomas. Es un buen lector de literatura, y la sigue con atención. Llevo sobre mi conciencia el haberlo iniciado y mantenerlo al día en la adicción de los *best-sellers* de consumo rápido, como método de purificación contra los documentos oficiales.

Con todo, su fuente de información inmediata y más fructífera sigue siendo la conversación. Tiene la costumbre de los interrogatorios rápidos que se parecen a una *matriusca*, la muñeca rusa de cuyo interior se saca una igual más pequeña, y de la cual se saca otra igual más pequeña, y luego otra igual más pequeña, hasta la más pequeña posible. Preguntas sucesivas que él hace en ráfagas instantáneas hasta descubrir el porqué del porqué del porqué final. Al interlocutor le cuesta trabajo no sentirse sometido a un examen inquisidor. Cuando un visitante de América Latina le dio un dato apresurado sobre el consumo de arroz de sus compatriotas, él hizo sus cálculos mentales, y dijo: «Qué raro, cada uno se come cuatro libras de arroz al día». Con el tiempo se aprende que su táctica maestra es preguntar sobre cosas que sabe para confirmar sus datos. Y en algunos casos para medir el calibre de su interlocutor, y tratarlo en consecuencia. No pierde ocasión de informarse. El presidente colombiano Belisario Betancur, con quien mantuvo un contacto telefónico frecuente a pesar de que no se conocían ni hay relaciones diplomáticas entre los dos países, lo llamó una vez para algún asunto casual. Fidel Castro me dijo después: «Aproveché que ambos teníamos tiempo, para preguntarle algunos datos que no venían en los cables sobre la situación del café en Colombia».

Son pocos los países que conoció antes de la Revolución, y en los que ha visitado después en viajes oficiales se ha visto con-

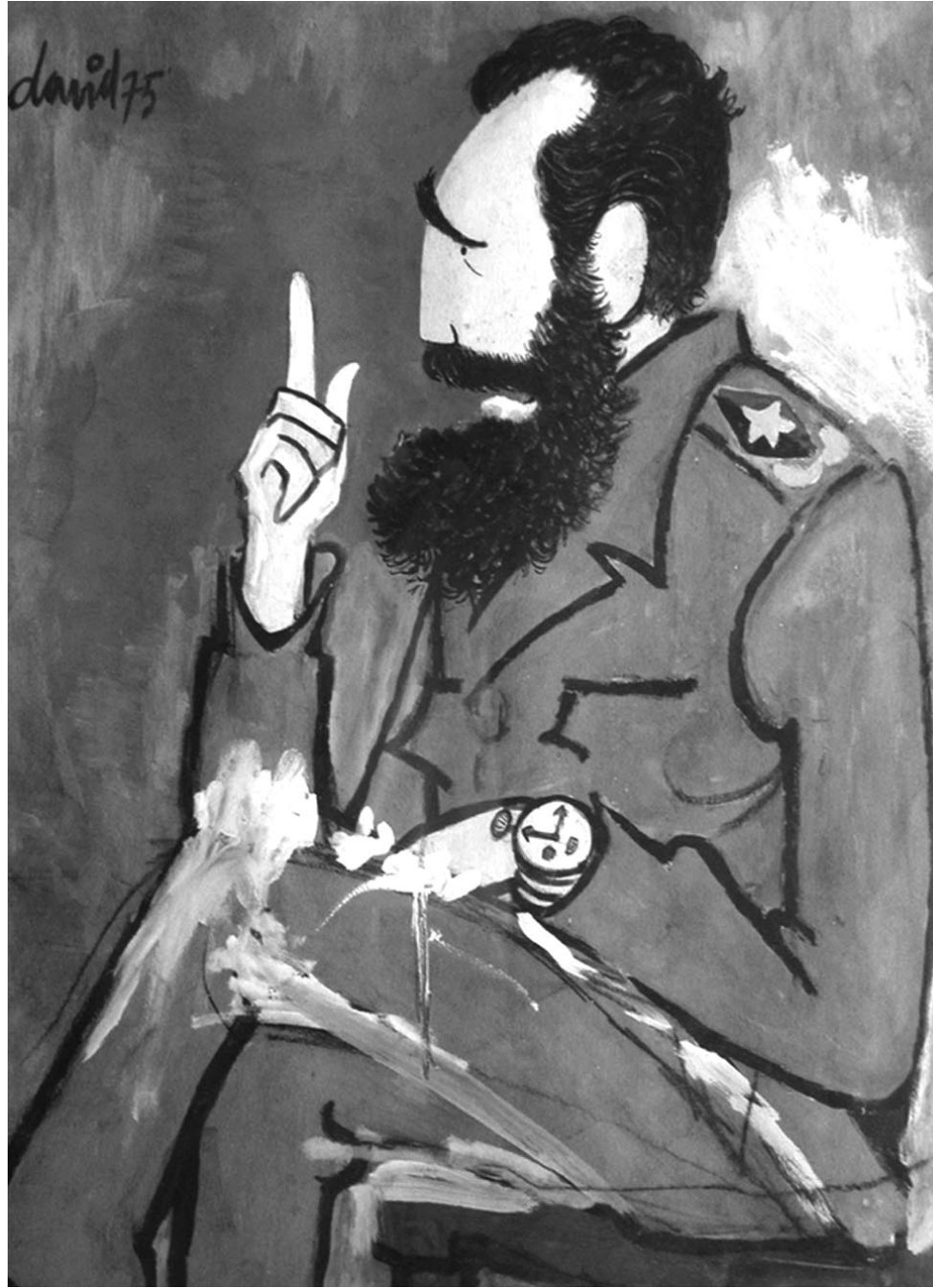
denado al estrecho horizonte del protocolo. Sin embargo, también habla de ellos, y de otros muchos que no conoce, como si los hubiera visitado. Durante la guerra de Angola describió una batalla con tal minuciosidad en una recepción oficial, que costó trabajo convencer a un diplomático europeo de que Fidel Castro no había participado en ella. El relato que hizo en un discurso público de la captura y el asesinato del Che Guevara, el que hizo del asalto al Palacio de la Moneda y de la muerte de Salvador Allende, o el que hizo de los estragos del ciclón Flora, eran grandes reportajes hablados.

España, la tierra de sus mayores, es en él una idea fija. Su visión de la América Latina en el porvenir es la misma de Bolívar y Martí: una comunidad integral y autónoma capaz de mover el destino del mundo. Pero el país del cual sabe más, después de Cuba, son los Estados Unidos. Conoce a fondo la índole de su gente, sus estructuras de poder, las segundas intenciones de sus gobiernos, y esto le ha ayudado a sortear la tormenta incesante del bloqueo. A pesar de las restricciones del gobierno de los Estados Unidos, hay una línea aérea casi diaria entre La Habana y Miami, y no pasa un día sin que lleguen a Cuba visitantes norteamericanos de toda clase, en vuelos especiales o en aviones privados. En vísperas electorales, hay una afluencia incesante de políticos de ambos partidos. Fidel Castro ve a cuantos puede ver, se ocupa de que estén bien atendidos mientras esperan, y hace lo posible por dedicarles bastante tiempo para un intercambio exhaustivo de informaciones inéditas. Son verdaderos festivales de conversación. Él les canta las verdades, y soporta muy bien que se las canten a él. Da la impresión de que nada le divierte tanto como mostrar su cara verdadera a quienes llegan preparados por la propaganda enemiga para encontrarse con un caudillo bárbaro. En una ocasión, ante un grupo de congresistas de los dos partidos, hombres de negocios y hasta un oficial del Pentágono, hizo un recuento muy realista de cómo sus antepasados gallegos y sus maestros jesuitas le infundieron unos principios morales que le habían sido muy útiles en la formación de su personalidad, y concluyó:

«Soy un cristiano».

Fue como soltar en la mesa una granada de guerra. Los norteamericanos, formados en una cultura que sólo entiende la vida en blanco y negro, saltaron por encima de las explicaciones previas y quedaron deslumbrados por el estruendo de la conclusión. Al término de la visita, ya con los primeros soles, el más conservador de los parlamentarios expresó el criterio sorprendente de que nadie le parecía tan eficaz como Fidel Castro para servir de mediador entre la América Latina y los Estados Unidos.

Lo cierto es que todo el que viene a Cuba quisiera verlo de cualquier modo, aunque son muchos los que sueñan con verlo en privado. Sobre todo los periodistas extranjeros, que no consideran terminado su trabajo mientras no se lleven el trofeo de una entrevista con él. Creo que él los complacería a todos si no fuera por la imposibilidad material: en este momento hay unas trescientas solicitudes formales en espera de un trámite que puede ser infinito. Siempre hay un periodista que espera en un hotel de La Habana, después de haber apelado a toda clase de padrinos para verlo. Algunos esperan meses. Se indignan de no saber a quién acudir, pues nadie sabe a ciencia cierta cuáles son los trámites certeros para llegar a él. La verdad es que no hay ninguno. No es raro que algún periodista de suerte le haga una pregunta casual en el curso de



una aparición pública, y que el diálogo termine en una entrevista de varias horas sobre todos los temas imaginables. Se detiene en cada uno, se aventura por sus vericuetos menos pensados sin descuidar jamás la precisión, consciente de que una sola palabra mal usada puede causar estragos irreparables. En las muy pocas entrevistas formales suele conceder el tiempo que le soliciten, aunque él mismo lo prolonga después con una elasticidad imprevisible, estimulado por la dinámica del diálogo. Sólo en casos muy especiales pide conocer antes el cuestionario. Jamás ha rehusado contestar ninguna pregunta, por provocadora que sea, ni ha perdido nunca la paciencia. A veces, las dos horas previstas se convierten en cuatro y casi siempre en seis. O en diecisiete, como fue el caso de esta entrevista que Gianni Miná le ha hecho para la televisión italiana, y que es una de las más largas que ha concedido, y también de las más completas.

Al final, muy pocas entrevistas le gustan, sobre todo las transcripciones escritas, que en aras del espacio suelen sacrificar la exactitud y los matices propios de su estilo personal, cree que las de televisión terminan desnaturalizadas por la fragmentación inevitable, y le parece injusto haber dedicado hasta cinco horas de su vida para un programa de siete minutos. Pero lo más lamentable, tanto para Fidel Castro como para sus oyentes, es que aun los periodistas mejores, sobre todo los europeos, no tienen ni siquiera la curiosidad de confrontar sus cuestionarios con la realidad de la calle. Anhelan el trofeo de la entrevista con preguntas que llevan

escritas de acuerdo con las obsesiones políticas y los prejuicios culturales de sus países, sin tomarse el trabajo de averiguar por sí mismos cómo es en realidad la Cuba de hoy, cuáles son los sueños y las frustraciones reales de sus gentes: la verdad de sus vidas. De este modo les quitan a los cubanos de la calle una ocasión de expresarse ante el mundo, y se niegan a sí mismos el logro profesional de interrogar a Fidel Castro, no sobre las suposiciones europeas, que son tan lejanas, sino sobre las ansiedades de su propio pueblo, y sobre todo en estas vísperas de grandes decisiones.

En fin: oyendo a Fidel Castro en tantas y tan diversas circunstancias, me he preguntado muchas veces si su afán de la conversación no obedece a la necesidad orgánica de mantener a toda costa el hilo conductor de la verdad en medio de los espejismos alucinantes del poder. Me lo he preguntado en el transcurso de numerosos diálogos, públicos y privados. Pero sobre todo en los más difíciles y estériles, con quienes pierden ante él la naturalidad y el aplomo, y le hablan en fórmulas teóricas que nada tiene que ver con la realidad. O con quienes le escamotean la verdad por no causarle más preocupaciones de las que tiene. Él lo sabe. A un funcionario que lo hizo, le dijo. «Me ocultan verdades por no inquietarme, pero cuando por fin las descubra me moriré por la impresión de enfrentarme a tantas verdades que han dejado de decirme». Las más graves, sin embargo, son las verdades que se le ocultan para encubrir deficiencias, pues al lado de los enormes logros que sustentan la Revolu-

ción —logros políticos, científicos, deportivos, culturales— hay una incompetencia burocrática colosal que afecta a numerosos órdenes de la vida diaria, y en especial a la felicidad doméstica, y que ha obligado al propio Fidel Castro, casi treinta años después de la victoria, a ocuparse en persona de asuntos tan extraordinarios como hacer el pan y distribuir la cerveza.

Todo es distinto, en cambio, cuando habla con la gente de la calle. La conversación recobra entonces la expresividad y la franqueza cruda de los afectos reales. De sus varios nombres civiles y militares, sólo le queda entonces uno: Fidel. Lo rodean sin riesgos, lo tutean, le discuten, lo contradicen, le reclaman, con un canal de transmisión inmediata por donde circula la verdad a borbotones. Es entonces, más que en la intimidad, cuando se descubre al ser humano insólito que el resplandor de su propia imagen no deja ver. Este es el Fidel Castro que creo conocer, al cabo de incontables horas de conversaciones, por las que no pasan a menudo los fantasmas de la política. Un hombre de costumbres austeras e ilusiones insaciables, con una educación formal a la antigua, de palabras cautelosas y modales tenues, e incapaz de concebir ninguna idea que no sea descomunal. Sueña con que sus científicos encuentren la medicina final contra el cáncer, y ha creado una política exterior de potencia mundial en una isla sin agua dulce, ochenta y cuatro veces más pequeña que su enemigo principal. Es tal el pudor con que protege su intimidad que su vida privada ha terminado por ser el enigma más hermético de su leyenda. Tiene la convicción casi mística de que el logro mayor del ser humano es la buena formación de su conciencia, y que los estímulos morales, más que los materiales, son capaces de cambiar el mundo y empujar la historia. Creo que es uno de los grandes idealistas de nuestro tiempo, y que quizás sea ésta su virtud mayor, aunque también ha sido su mayor peligro.

Muchas veces lo he visto llegar a mi casa muy tarde en la noche, arrastrando todavía las últimas migajas de un día desmesurado. Muchas veces le pregunté cómo iban las cosas, y más de una vez me contestó: «Muy bien: tenemos llenas todas las presas». Lo he visto abrir el refrigerador para comerse un pedazo de queso, que era tal vez lo primero que comía desde el desayuno. Lo he visto llamar por teléfono a una amiga de México para pedirle la receta de un plato que le había gustado, y lo he visto copiarla apoyado en el mostrador, entre los trastos de la cena todavía sin lavar, mientras alguien cantaba en la televisión una canción antigua: «La vida es un tren expreso que recorre leguas miles». Lo he oído en sus escasas horas de añoranza evocando los amaneceres pastorales de su infancia rural, la novia juvenil que se fue, las cosas que hubiera podido hacer de otro modo para ganarle más tiempo a la vida. Una noche, mientras tomaba en cucharaditas lentas un helado de vainilla, lo vi tan abrumado por el peso de tantos destinos ajenos, tan lejano de sí mismo, que por un instante me pareció distinto del que había sido siempre. Entonces le pregunté qué era lo que más quisiera hacer en este mundo, y me contestó de inmediato: «Pararme en una esquina».

**\*Este texto, escrito hace casi 20 años para acompañar la entrevista realizada por el periodista italiano Gianni Miná a Fidel, es un excepcional testimonio que mantiene una extraordinaria actualidad y ha sido cedido por el autor para esta oportunidad.**



«La voz de los vientos». Óleo/lienzo 2006 66 x 54,5cm  
Autor: Dausell Valdés.

**«Las ideas justas se transforman en roca y viajan  
con esa firmeza en el viento y a través de los siglos  
como voces que retumban en el universo  
para iluminar las almas nobles».**

Dausell Valdés.